

El Guía y El Baqueano

Guía Vivencial del Montañismo



por
Federico Cantoni

**Centro de Escritoras/es Nacionales
CEN Ediciones**

Juan de Santiso y Moscoso N° 1529 - B° Alem
Córdoba (5012)

República Argentina

Te: 54 -351- 4721539

E-mail: cenediciones@gmail.com

cenediciones@yahoo.com.ar

www.cenediciones.com.ar

Impreso en Argentina -Printed in Argentina

Año 2012

Queda prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio de impresión en forma idéntica,
extracta o modificada en cualquier idioma.

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Derecho de autoría reservado

ISBN: 978 - 987 - 1415 - 42 -7

ÍNDICE

00. El Riesgo.....	9
01. El Montañista.....	11
02. La Cumbre.....	15
03. La Mochila.....	19
04. El Compañero.....	21
05. El Camino.....	23
06. El Temporal.....	28
07. El Despertar de un Solitario.....	30
08. La Montaña.....	44
09. El Guía y el Baqueano.....	46
10. El Fin.....	50

Introducción

Agradezco a aquellas personas que han forjado estas ideas en mi mente y han permitido plasmarlas en estas hojas, como también al destino que me colocó en una ciudad rodeada de montañas y me permitió vivirlas en todo su esplendor.

A continuación les dejo unas reflexiones sobre este mundo diferente que tanto se parece al nuestro. Reflexiones que pienso les serán útiles tanto a expertos como a principiantes ya que la montaña no hace distinción.

Algunos términos de esta guía pueden no ser muy técnicos ya que está escrita tanto para profesionales del montañismo como también para aquellos que nunca han pisado un cerro o montaña, aclarando que en este libro, cerro y montaña tienen el mismo significado, como así también cumbre o cima, pero no así guía y baqueano. El montañista, el guía y el baqueano juegan un importante papel. El que lo lea puede identificarse o ser uno de estos personajes, como también los tres al mismo tiempo.

El guía y el baqueano es un apartado especial en este libro pero también es el enfoque y criterio en

que plantearé los diversos puntos de la guía vivencial. El guía como profesional de la montaña dedicado tanto laboralmente como espiritualmente a mostrar el mejor camino a los montañistas que serán sus seguidores, y el baqueano que indirectamente y sólo en ocasiones termina interpretando el papel de guía ya que su vida lo llevó a vivir en este entorno.

0 - El Riesgo

Me gustaría comenzar esta guía con el cero en riesgo, indicando una analogía al índice en el montañismo como guía vivencial.

Los peligros que representa la montaña son los mismos que en la vida cotidiana, ya que si no se vive no existirían riesgos, y al invitar a las personas a ser montañistas implica asumir factores que pueden mejorarnos como personas y como hombres de montaña.

Una pregunta que me han hecho con frecuencia es por que un montañista intenta subir un cerro que es potencialmente peligroso para su vida, sabiendo los riesgos que implica. La respuesta está implícita en la misma pregunta, es justamente por esos riesgos que vale la pena vivir el esfuerzo. Es como el sueño de volar con el que nace casi todo ser humano, y es la necesidad de superar las imposibilidades con las que nacemos. La montaña nos ayuda a superarnos de manera personal gracias a las dificultades que presenta y a las enseñanzas que nos deja cuando las vivimos.

Mientras existan retos y dificultades habrá personas dispuestas a superarlos, Algunos los llaman cumbres o cimas, algunos lo llaman vivir.

La estadística de riesgos fatales afecta, en su mayoría, a los extremos de la muestra, esto es a las personas que nada saben de montaña así como también a las sumamente experimentadas cuyos objetivos ya están en un plano inentendible para personas que no son montañistas. De esta manera invito a los nuevos montañistas que se instruyan al comenzar esta actividad siguiendo dos enseñanzas a criterio personal. Las enseñanzas del baqueano por un lado y las enseñanzas del guía por otro. Los invito a tomar lo que crean conveniente de uno y del otro para despegar de este extremo y convertirse rápidamente en montañistas de una forma segura y espiritual.

1. El Montañista

Cuando analizamos la palabra montañista la relacionamos instantáneamente con el hombre y la montaña, de eso no quedan dudas. Lo que vamos a ver en este punto es quien o que persona es considerada montañista, y cuando me puedo catalogar como hombre de montaña.

Desde que en mi mente entra la necesidad de ir a la montaña estoy experimentando los primeros pasos para convertirme en montañista. Este primer paso se da de diferentes formas y el disparador puede ser diverso, desde un programa que vimos en la tele, como una foto de un cerro que vi en una sala de espera. El motivo no es importante, podemos nacer en un entorno rodeado de montañas y que no se despierte la necesidad de subir un cerro o adentrarnos al mismo.

Nos convertimos en montañistas cuando definimos un objetivo, cuando al ver una montaña, o pensar en ella, me comprometo a llegar a su cima.

Cuando transformo la necesidad en objetivo, cuando sello el pacto con la montaña me convierto en montañista.

Para hacer cumbre es preciso llegar primero con nuestra imaginación. El hombre no ha llegado nunca donde su mente no lo ha llevado antes.

El guía montañista: Para el guía definirse como montañista es más complicado que para el resto. El guía por definición es una persona que dirige, aconseja u orienta a otras, ya sea en forma directa o indirectamente con sus acciones y consejos. Por ello una persona definida como guía tiene más responsabilidades y complicaciones a la hora de definir su pacto con la montaña. Este contrato que deberá firmar abarca varios índices y subíndices, todo esto elevado al punto en que guías experimentados en ocasiones no llegan a considerarse montañistas cuando uno les pregunta al respecto. Este fenómeno ocurre debido a que los objetivos planteados por un guía de montaña generalmente son muy extensos o en la mayoría de los casos suelen ser imposibles. Lo que la mayoría de los guías desconocen es que en el momento de pactar se está convirtiendo en montañista y ellos tienen doble pacto, con la montaña y con sus seguidores.

En definitiva todo guía es montañista, pero la pregunta que tendríamos que realizarle al guía es si es guía o baqueano.

El baqueano montañista: Para el baqueano es más fácil definirse como montañista. Todo baqueano que se le pregunte si es montañista te responderá que sí, no porque tenga definido los objetivos a la perfección sino porque la montaña fue definiéndolo

día a día y los objetivos se le presentaron en forma natural en su vida.

Un Baqueano también aconseja y orienta a otros montañistas pero se diferencia del guía de montaña porque no transmite en forma directa.

Como esta guía pretende ser vivencial, es un punto importante a destacar el papel que juega ser montañista en nuestra vida. Cuando me defino como montañista estoy forjando un compromiso que llega a desparramarse en todo nuestro accionar cotidiano ya que una persona comprometida es una persona que acepta responsabilidades. La responsabilidad es una virtud que puede observarse en uno mismo o en el prójimo. Se dice que una persona es responsable cuando consciente de sus actos sabe que es la causa directa o indirecta de un hecho.

Existen muchas personas que van a la montaña a subir cerros pero no son montañistas, no son conscientes ni del cerro ni del objetivo, sólo subieron el cerro.

Así es como al convertirnos en montañistas nos estamos convirtiendo en personas responsables, estamos asumiendo un papel que se contagiará a otros ámbitos de nuestra vida.

Al adoptar una responsabilidad y un objetivo estamos dejando de vagar por el mundo para ser protagonistas del mismo.

Cuando uno es guía montañista tiene que ser un ejemplo en todos los ámbitos, un guía es una persona que puede dirigirnos, que es digna de ser imitada, el guía tiene las respuestas a nuestras preguntas y da formas a nuestras experiencias. Un guía se hace y se forja con voluntad y un compromiso mayor que el montañista común. Los objetivos del guía son más gruesos que los que puede soportar cualquier montañista y más aún que los de un baqueano.

El baqueano montañista adoptó responsabilidades del entorno, se encontró con el problema y lo solucionó, el baqueano logró superar los objetivos que se le plantearon en la vida y por ello es digno de ser imitado y ser observado, la diferencia del baqueano es que no tiene todas las respuestas, el baqueano respondió sus propias preguntas y cumplió sus propios objetivos de una manera ejemplar pero solitaria.

El baqueano es una persona de la que podemos aprender mucho pero de la cual nunca vamos a recibir una lección en forma directa.

2. La Cumbre:

La cumbre es el fin del montañista. Es donde termina su existencia. Todos los objetivos y compromisos con la montaña quedan vedados cuando uno «hace cumbre».

La altura de una montaña no se mide por metros sino por la bienaventuranza que nos regala su cumbre.

Por significado, una cumbre o cima, es el punto de una superficie que es más elevado en altitud que todos los puntos inmediatamente adyacentes a él.

Para un montañista esta definición cambia y se distorsiona un poco para quedar de esta otra manera: «Cumbre o cima es el alcance del objetivo más importante de un montañista, el mismo que está por encima de todos los inmediatamente adyacentes a él».

De esta manera la cumbre para un montañista es variable. La cumbre define al montañista. La elección de una cumbre va a forjar el espíritu de un montañista, va a adaptarse al entorno para lograr hacer cumbre.

La cumbre define la fe del montañista, la fe no mueve montañas, las convierte en cumbre.

Siempre mantén en tus ojos la cumbre pero ten cuidado que su belleza no nuble el camino de regreso.

Es muy fácil para un montañista confundir la cumbre y en esto me quiero centrar. Llegar a la punta de un cerro no es hacer cumbre. Un montañista puede tener cuarenta montañas subidas y en toda su vida no haber hecho cumbre. Este fenómeno se produce por confundir la cumbre. Sólo se considera cumbre aquel objetivo alcanzado que está por encima de todos aquellos que sirven de entrenamiento para lograrlo, y que llegado al mismo nos produce la certeza plena de haber llegado.

La cima es el fin del camino y el principio de otro más largo.

Hacer cumbre: Como dice la frase, la cumbre se hace, se construye. Los ladrillos para construir la cumbre se obtienen de cada pequeño objetivo logrado para poder llegar a la misma. La cumbre está asociada con la punta de la pirámide. Si quiero construir una pirámide tengo que empezar desde abajo y desde una base firme para poder ir acumulando ladrillos hasta llegar a la cima. De la misma manera que se construye una pirámide con éxito podremos lograr hacer cumbre sin problemas. *Definiendo la altura de la pirámide es que podremos empezar a construirla en base a sus dimensiones.* Una cumbre no siempre es llegar a la punta de una montaña. Como cumbre, por ejemplo, me puedo plantear el cruce de la cordillera de los andes de un extremo a otro, definiendo así la altura

de la pirámide ejemplificada, para esto me entrenaré en base a este objetivo e iré construyendo las bases de la misma para poder lograrlo. En este caso la cumbre será el momento en que me encuentre del otro lado de la cordillera y no en la parte más alta de la misma.

La cumbre del guía: El guía de montaña ayuda a hacer cumbre a sus montañistas. En base a la experiencia que ve en los demás les ayuda a definir objetivos, les ayuda a definir la altura de la pirámide y a colocar los ladrillos de la base. Pero el guía de montaña no los sube a la fuerza, sus montañistas tendrán que hacer cumbre por merito propio. Un montañista puede tener tres guías a su disposición y eso no le garantiza la cumbre. Lo que ocurre después de hacer cumbre es otro cantar.

Síndrome post-cumbre: En el mundo del montañismo como también ocurre en la vida cotidiana, no existen guías que te preparen para lo que ocurre después de hacer cumbre.

Aquí me gustaría dejarles una reflexión personal como baqueano que me considero, por mis años de montañista y por haber podido hacer cumbre en alguna oportunidad. Hacer cumbre es un momento único en donde el objetivo está cumplido. Esto nos crea dos emociones paralelas. Uno de felicidad plena por haber llegado y como todo en la vida su contrapuesto que es la ausencia del objetivo,

quedamos desnortados. Es la misma crisis que se plantea en la vida y un ejemplo parecido es el que ocurre después de terminar los estudios de una larga carrera universitaria, en donde alcanzamos el objetivo y tenemos que cambiar nuestro rumbo porque ya quedó concluida esa etapa, nos ocurre la alegría de recibirnos pero al otro día la preocupación de donde comenzar a buscar trabajo, se nos abre un mundo de posibilidades que nos abrumba, lo mismo nos pasa cuando hacemos cumbre en la montaña.

3. La mochila

Este es un punto importante en esta guía porque la mochila es nuestro sustento, es lo único a lo que podremos recurrir en caso de necesidad en la montaña cuando estamos solos. Es también un recipiente donde llevamos no sólo cosas materiales sino también elementos de importancia para vivir en la montaña.

El peso de nuestra mochila define nuestro rol en la montaña, se podría decir que la mochila define al mochilero.

Si pudiéramos ver dentro de un montañista sería como ver dentro de su mochila y viceversa.

Si el montañista es decidido, definido, comprometido y hasta de más enfocado en su cumbre su mochila será liviana, tendrá lo básico y necesario para ir y volver a la cima, el agua justa y el abrigo justo. Si el objetivo del montañista no es definido entonces llevará en su mochila más abrigo y provisiones por si decide estar otro día en la montaña o por si se le presenta algún inconveniente.

El peso de la mochila se ajusta a nuestras decisiones y compromisos con la montaña.

El alcance de nuestros logros en la montaña será directamente proporcional al peso de nuestra mochila. Pero para grandes expediciones se

requieren grandes mochilas y aquí se presenta el dilema, y es aquí donde juega su gran papel el porteador.

El porteador: El porteador como se le nombra en la cordillera andina es la persona que nos permite alivianar la carga y llevar nuestro peso por una remuneración adecuada. En el Himalaya los sherpas entran en este rango de montañistas. El porteador no sólo llevará nuestra mochila sino también que nos acompañará en el camino.

El error de todo montañista es ver al porteador como un acompañante ajeno a la expedición y no como un baqueano que será influencia vital para lograr hacer cumbre.

En muchos casos el guía elige al porteador y nos recomienda que le confiemos nuestra mochila para lograr hacer cumbre. Hay que tener en cuenta que si la expedición la organizamos y al guía lo contratamos nosotros, no menospreciar ni dar por sentado el papel que jugará el porteador en nuestra cumbre ya que en muchos casos el porteador baqueano será igual de importante que nuestro guía.

Nunca pierdas de vista tu mochila, en su interior está el mapa de cumbre.

4. El compañero

Se me hace difícil aquí definir al compañero de montaña por que existen muchos tipos de personas que nos acompañan en nuestro camino.

El compañero de montaña es aquel que cuando se nos acaba la batería de nuestra frontal ilumina el camino que nosotros necesitamos ver y no sólo el que a él se le ocurre.

El nuevo fenómeno es el compañero de viaje. El término tiene un origen ruso y significa alguien que no acepta todos los objetivos de su compañero, pero tiene bastante en común con él, lo suficiente para que lo acompañe en una forma de camaradería. El compañero de montaña que garantiza un mejor pasar no debería ser un mero compañero de viaje, es importante que esté alineado con los mismos objetivos para que la expedición sea armoniosa y en la misma dirección.

Cuando buscamos compañeros de viaje en vez de compañeros de montaña es que caemos en el error.

No siempre podemos encontrar compañeros de montaña. Es difícil encontrar montañistas que lleven la misma mochila que uno y que caminen en la misma dirección compartiendo el mismo objetivo.

A veces tenemos la posibilidad de elegir un compañero y otras veces nos toca en suerte, está en

nosotros saber elegir si realmente es bueno para nuestra expedición a la cumbre ya que no sólo será nuestro compañero sino que nosotros seremos su compañero también.

Al elegir es importante a qué altura está, si sabe más que nosotros deja de ser compañero para convertirse en guía y viceversa. Un guía no es compañero, trabaja en la montaña. El baqueano a diferencia del guía sí puede acompañar a alguien pero sólo como compañero de viaje.

Elige un compañero que tenga tus mismos principios, tus mismos objetivos y lleven la misma mochila, sino encuentras uno entonces elige un compañero de viaje pero sé consiente de ello, si no encuentras uno u otro entonces contrata un guía o busca un baqueano que quiera acompañarte.

Nunca subas un cerro solo, una cumbre compartida es doble cumbre.

5. El camino

Este punto se los presenté aquí porque la recomendación de esta guía es que para recorrer el camino es necesario que todos los puntos anteriores estén en equilibrio si deseamos que nuestra vivencia sea memorable.

Recuerdo a un baqueano montañista que me encontré en una ascensión en la cordillera, me encontraba llegando a un campamento a 4000 metros de altura, el último antes de encarar el conocido filo que me llevaría a la cumbre. Me encontraba cansado y con dolor de cabeza ya que el acercamiento previo a este campamento fue agotador por el viento blanco que nos acompañó gran parte del camino, nieve y viento fusionados en un azote constante que no te deja escalar.

En el campamento de altura había un domo, instalado en forma permanente de estructura sólida y resistente para resguardarse del temporal, en el interior de esta gran carpa se encontraba este personaje que descansaba tomando té para hidratarse. Él y tres personas aisladas completaban la multitud que habitaba el refugio. Terminaba de armar mi carpa cuando entré a refugiarme de la tormenta, esperando a que llegue mi compañero de expedición que seguramente descansaría de la ascensión, antes de

reunirnos allí. Tomé asiento en el largo tablón rústico y procedí a sacarme la capa exterior de guantes dejándolos al costado de mi asiento con lo que pude tener un poco más de movilidad en mis manos para proceder con el ritual de hidratación sirviéndome un té de mi termo.

En silencio mirando de reojo a mis vecinos parecía que unas burdas imitaciones de mí silenciosas se encontraban sentadas en la gran mesa. Dentro del refugio la carpa no parecía tan resistente ya que el temporal hacía que todo crujiera. Al terminar el té sentí como si una gran pata de elefante se apoyara en mi cabeza, lo que hizo que la sostuviera con fuerza hasta que terminó la molesta puntada. El baqueano que estaba sentado delante sin necesidad de hablar me acercó una pastilla para el dolor y me pasó una botella de agua para pasarla.

Por mi parte le agradecí y conté brevemente lo que nos costó llegar al campamento y que pensamos, en un momento, en retroceder por la tormenta.

Lo que me preguntó luego desató una charla interesante que me dejó una enseñanza que siempre recuerdo.

-Elegiste bien el camino? Preguntó el baqueano – creo que sí. Nos costó llegar con el viento y nieve pero acá estamos. Le respondí tratando de reír sin éxito por el dolor de cabeza.

-Pero eligieron bien el camino? Volvió a preguntar el baqueano. Con la misma expresión misteriosa.

Ya viendo que se venía a modo de distracción a mi dolor, le seguí un poco la corriente, y le respondí – la verdad que preguntándome de nuevo creo que no llegué al lugar que me imaginaba, tranquilo y con una vista espectacular de altura que vi en las fotos y mapas. El camino que elegí me trajo a este campamento donde no puedo ni siquiera armar la carpa y donde el dolor de cabeza y el frío me está matando. Así que te contestaría entonces que creo que me equivoqué de lugar. El baqueano rió y seguimos charlando de cosas triviales hasta que volvimos al tema del camino.

El viejo montañista tomó una actitud seria y melancólica, hizo una gran pausa y luego comenzó a hablar -Yo también me equivoqué de camino tiempo atrás – continuó serio el baqueano mientras se sumergía en el humo de su te, recordando quien sabe que. Hablando lento por la altura el baqueano continuó. – Años atrás, después de muchos tropiezos, comencé a darme cuenta del valor que tenía recorrer el camino, de que existía algo que complementaba mi ascensión.

Antaño lo único en lo que pensaba era en subir la cumbre, dejando de lado todas las cosas importantes que representaban subir la montaña, conquistarla. Me di cuenta que de nada servía subir la cima por un camino erróneo. Muchos compañeros, muchas cimas y por muchos caminos equivocados.

Ahora después de recorrerlos sólo recuerdo los problemas del camino y no la hermosa vista de la cumbre. Te cuento todo esto porque veo un reflejo de mis años jóvenes en ti, sufriendo en los campamentos. Ahora los disfruto plenamente, y de alguna manera también disfruto el temporal ya que sabía que vendría y elegir estar acá arriba y no abajo.

No puedo darte la clave para disfrutar la montaña, solo sé que antes, yo miraba las vías en línea recta, ahora en derredor, cambié la visión de cazador a presa, ahora puedo darme cuenta de lo que pasa a mi alrededor.

-Vos te referís a las distintas vías por donde subir la montaña - le pregunté como para mostrarme interesado, ya observando que la conversación se tornaba profunda.

- Ya veo por qué te equivocas de camino! - Rió el baqueano, y sin entender mucho todavía, yo también reí mientras se me pasaba el dolor de cabeza.

– Cuando hablo de ver en derredor me refiero ver más allá de la vía, el camino no es solamente el sendero que te lleva a la cumbre, elegir el camino es elegir el dónde, el cuándo, con quien y con qué voy a subir. Para poder disfrutar de la cima es menester disfrutar del camino y de todas sus escalas, no sólo observo el paisaje con los ojos sino que es necesario estar bien física y espiritualmente para disfrutar los regalos del camino. – haciendo una

gran pausa mientras las otras dos personas que estaban en el lugar interesadas escuchaban al baqueano, tomó un sorbo de té y continuó -No puedo contarte bien como elegir tu camino pero puedo decirte que para lograr esto es importante que tu mochila se adecue al camino y a lo que necesitarás en él, que tu compañero conozca el camino en caso de que sufras una distracción, que el clima esté apto para caminar sobre él, entre otras miles de cosas que logras entender cuando cambias la forma de mirar la montaña...haciendo otras de sus pausas, bebió te y finalizó mirándome fijamente como si hablara con él mismo, de joven, cuando empezó a recorrer la montaña... en resumen ya que tengo que ir a mi carpa a calentar agua, te diría que lo más importante es que sea el momento adecuado de recorrer el camino.

Luego supe que ese baqueano que encontré había tenido record de ascensiones y era considerado uno de los mejores montañista del mundo.

6. El temporal

En la vida como en la montaña el temporal viene como una nube negra que amenaza con nuestros objetivos y pone a prueba nuestros conocimientos, actitudes, aptitudes y principalmente nuestro carácter.

El temporal puede pasar desapercibido si estamos preparados para afrontarlo o puede marcarnos para siempre si llega sin previo aviso en un momento de debilidad.

Para el montañista la prueba de fuego es el temporal, allí se conjugan todos sus conocimientos para afrontarlo y del resultado final se define temple, espíritu y capacidad como tal.

Un montañista no puede llamarse guía o baqueano si no han vivido algún temporal en su carrera.

Para el guía el temporal es medible, tiene forma, color y peso. Para cada problema el guía tiene una solución estudiada, justificada y unilateral.

Como en algún momento les comenté las estadísticas de riesgo afectan los límites de la muestra, esto es a las personas que todavía no son montañistas y entran en este mundo sin tomar precauciones ni enseñanza alguna, y también afecta a los más experimentados, incluyendo aquí a los guías profesionales. Esto ocurre debido a que la

montaña no tiene una lectura fija, el temporal puede transformar un hermoso paraíso en un terrible lugar en cuestión de segundos. Al creer que existe respuesta a todos los problemas es que algunos se ven acorralados en momentos de incredulidad.

El baqueano lee la tormenta desde otro punto de vista. Para el baqueano a diferencia del guía la tormenta es como un monstruo mitológico al que le conoce sus movimientos y reacciones, le tiene respeto y siempre espera lo peor del mismo. Para el baqueano el temporal es eludible y siempre está alerta a pequeñas huellas que son imperceptibles para la lectura de un montañista común.

De aquí destacamos al guía con conocimientos plenos de lo que sucede en su entorno y con una confianza en sí mismo, que en algunos casos son los causantes de sus únicos problemas, y destacamos al baqueano que conoce el terreno, es precavido, pero sus experiencias y conocimientos son empíricos y carecen en algunos casos de explicación. Hay un dicho que dice que cuanto más alto asciendas en la montaña, más fuerte soplará el viento, con esto no es lo mismo el temporal evaluado desde el campamento base, que evaluado desde un campamento de altura.

De esta manera como montañista está en nosotros tomar lo correcto del guía o/y del baqueano, escuchando siempre las dos campanas, para poder

evaluar por nosotros mismos que camino es el que debemos seguir.

Escalad si queréis, pero recordad que el valor y la fuerza no son nada sin la prudencia, y que un momento de negligencia puede destruir la felicidad de toda una vida. Edward Whymper (Fue un alpinista y explorador inglés, conocido por ser el primero en ascender el Cervino (Alpes) en 1865, durante cuyo descenso fallecieron cuatro miembros de la expedición.)

Como continuación en este índice me gustaría dejarles un cuento llamado «El despertar de un solitario» que trata sobre otra faceta del temporal. La enseñanza que deja la tormenta cuando pasa por nuestra vida puede hacer que nos demos cuenta de lo simple de la misma.

El despertar de un solitario

Me encontraba en una montaña nevada y un temporal de viento y nieve no me dejaba ver, tenía los dedos entumecidos por el frío y la ropa húmeda me pesaba. Lo único que podía pensar era salir de allí. Así fue que comencé a descender siguiendo un pequeño hilo de agua que salía del glaciar. La cabeza me estallaba del dolor y el cuerpo lo tenía adolorido. Fui bajando rápidamente mientras poco a poco el arrollo se fue

convirtiendo en un río y el descenso empinado se allanaba. Pude vislumbrar a lo lejos un poco de vegetación y un lugar para descansar y recuperar el estado calamitoso en el que me encontraba. Llegué a un lugar protegido del viento. Unas rocas gigantes apoyadas en sus puntas hacían una especie de cueva. Afortunadamente alguien dejó leña con lo que pude secar mis vestimentas y alimentarme con restos de comida que también dejaron en el lugar. Fuí quedando dormido sin pensar en lo que había pasado ya que sólo tenía fuerzas para sobrevivir ese momento.

Al otro día al despertar sentí como que un tren pasó por encima de mí y me di cuenta instantáneamente que estaba en problemas, si bien había recuperado mis fuerzas y mis ropas estaban secas, algo grave ocurría. No podía recordar exactamente como terminé en esa situación extrema en la cumbre de una montaña en medio de un temporal.

Tratando de recordar más sobre el asunto me di cuenta que todos mis recuerdos estaban en una nebulosa. Tal vez era producto del dolor de cabeza que seguía sintiendo, arrojé unos palos secos en el resto de las brasas que quedaron de un fogón anterior y me concentré en el humo que salía de ellos. ¿Quién dejó preparadas estas provisiones? Pensaba mientras acercaba mis manos al fuego.

En el refugio natural rocoso había leña, pieles abrigadas, carne resecada al sol pre cocida, y algo

que me llamó mucho la atención, una sola roca, que cumplía la función de silla, enfrente de otra roca más grande que hacía de mesa. No era el tamaño de las rocas lo llamativo sino que había una sola. Este refugio había sido preparado para una sola persona que estuvo en el lugar hacía muy poco tiempo en función de los alimentos que dejó guardados. Pensar en eso me resultaba estresante por alguna razón y el día pasó rápidamente hasta que quedé dormido nuevamente.

Al tercer día estaba recuperado de mi dolor de cabeza y listo para continuar mi descenso. Desde el alto en donde me encontraba se observaba como el río entraba en un gran bosque frondoso rodeado de montañas. En el horizonte un lago azul se destacaba entre la niebla. Cargué alimentos y abrigos y con una de las pieles más grandes que había en el lugar hice una especie de mochila en la que llevé todas las provisiones y partí.

Cuando llegué a la zona boscosa visualicé una huella en el suelo. Era una especie de canaleta que marcaba un camino, este surco visible debe ser producto del desgaste del suelo con el andar de hombres y animales, pensé, por lo que aliviado comencé a seguir por allí con la esperanza de llegar a algún sitio.

Siguiendo la huella en forma automática con la certeza de que me llevaría a algún lugar empecé a darme cuenta que no tenía recuerdos de como llegué a aquella montaña, por más que me esforzara mi

mente estaba en blanco, entonces por primera vez me detuve y me senté. Me di cuenta que no sólo no recordaba eso, sino que no recordaba nada de mi vida antes de estar en esa montaña. Lo primero que hice al darme cuenta de mi situación fue mirarme las manos... por alguna razón, luego corrí hasta un charco formado por las lluvias y vi el reflejo de mi cara. Era un extraño el que se reflejaba, barbudo, de pelo largo, de edad media, sucio y de rasgos fuertes. Me quedé un rato largo intentando recordar algo de esa persona que miraba en el reflejo pero nada venía a mi mente. Todo era borroso. De repente una imagen vino a mi cabeza como un flash que me dejó engeguado, una mujer de cabellos dorados sonriente. Luego de eso oscuridad total.

Me levanté al día siguiente con un dolor en la nuca esperando a que termine esta pesadilla que estaba viviendo. Tenía la sensación de estar en un sueño como esos en los que uno quiere correr desesperadamente y no puede porque tiene los músculos adormecidos, así era la sensación de querer recordar, y por más que lo intentaba, estaba todo en blanco. Las hipótesis que pensaba se centraban en el cerro, tal vez la altura y el frío eran causantes de mi pérdida de memoria, probablemente esto sería momentáneo y se me pasaría cuando me recupere. Todavía recordaba la imagen de esa mujer

que me vino a la mente y me daban esperanzas de que recordaría algo más.

Traté de concentrarme nuevamente en sobrevivir y analizar la situación en la que me encontraba. Desde lo alto de las montañas se visualizaba un espejo de agua donde desembocaba el río que bajaba de lo alto, el valle estaba rodeado de montañas y el único camino que podía seguir era por el sendero, descendiendo hasta el lago, entonces dejé de cuestionarme ya que era el único camino y emprendí mi viaje con la esperanza de encontrar a alguien que me brindara auxilio.

Mientras me introducía en el bosque la vegetación se hacía más densa y el sendero tendía a desaparecer en algunos tramos. Por varias horas me alejé del río y la sed me representaba un problema. Por más que reinaba la humedad en el lugar mi boca estaba seca y necesitaba algún líquido para continuar, allí fue que se me vino a la mente la imagen reconfortante de una gaseosa helada en mis manos con varias caras felices incitando a tomarla, fue unos segundos de un recuerdo que me dio tranquilidad, si podía recordar una propaganda televisiva entonces no estaba tan mal. En ese momento comenzó a llover y sacié mi sed en un charco sucio que se formó en la tierra. La llovizna se convirtió pronto en aguacero y comencé a tener frío. Necesitaba un refugio donde resguardarme. En vano era buscar ya que todo era

plantas, barro y lluvia con ruidos de fondo, entre animales y truenos, que hacían acrecentar mi preocupación. Comencé a correr para ver si de esa manera calentaba el cuerpo y un poco también me desesperaba la idea de pasar la noche en medio del bosque.

En ese momento me encontré con una pendiente brusca y resbalé en el barro cayendo por una especie de tobogán barroso en forma descontrolada, que me llevó al borde de un acantilado, en el que me salvé de caer milagrosamente al sostenerme de una rama. En el fondo del precipicio el río comenzaba a crecer y su color era chocolate. Me encontraba en una cortada producto del río que formaba un cañón muy difícil de cruzar y de unos diez metros de altura. El sendero lo perdí en la caída pero la única dirección que tenía era por el costado del acantilado, así que eché a andar hasta visualizar algún cruce. La noche se estaba acercando y todavía no encontraba forma de cruzar. En ese momento que anochecía y mi cuerpo ya no daba más del frío, la lluvia y el cansancio, en eso encontré un cable de acero oxidado y viejo que cruzaba el cañón. La única manera de cruzar por ese cable era colgando, sosteniéndome con los brazos, rogando no caer en ese río turbulento y marrón. Intenté colgarme del cable y se me cayó la mochila precaria que tenía junto con todas las provisiones. Después de ver

como desapareció la mochila en el río brioso decidí no cruzar ya que representaba una caída segura en el estado en el que me encontraba.

Me acurruqué en la base de un árbol esperando la llegada de la noche y deseando que la lluvia termine. Eso no ocurrió y pasé una de mis peores vivencias. No pude dormir en toda la noche escuchando los ruidos del bosque y recostado sobre la tierra barrosa con hilos de agua que bajaban al barranco por todos lados.

A la mitad de la noche la lluvia torrencial continuaba y no daba tregua ni señales de bajar de intensidad. Sin nada que perder y totalmente estresado cruce la quebrada por el largo cable de acero colgándome de él y ayudándome con mis piernas, recuerdo que en ese momento no tuve ningún tipo de miedo a caer debido al extremo de la situación y tensión en que me encontraba.

Al llegar al otro extremo del cable entendí que el peligro había pasado pero no podía relajarme ya que tenía que encontrar algún refugio.

En ese momento me pareció visualizar una luz de linterna en el interior del bosque que se apagó en el momento en que me di cuenta de su presencia. Instantáneamente corrí al sector donde se encontraba la luz y pude observar que un bulto se alejaba por la maleza, traté desesperadamente de alcanzarlo mientras gritaba en pedido de auxilio. Empecé a perseguir sombras y luces en medio de la tormenta

y la lluvia por todo el bosque. Sentía que las ramas me azotaban la cara y el cuerpo a medida que avanzaba. Empecé a correr en todas las direcciones y creía ver gente por todos lados, yo no dejaba de gritar por ayuda. En ese momento sentí un sonido agudo y me detuve. Efectivamente el sonido empezaba a crecer y las sombras se comenzaron a acercar lentamente entre las ramas, pude visualizar la silueta de una persona que se dirigía hacia mí mientras el sonido pasó de ser un leve silbido a ser ensordecedor al punto que tuve que tapar los oídos pero no obstante el sonido no paraba, parecía que estaba dentro de mi cabeza. Lo último que recuerdo de ese día es que de repente todo quedó en silencio y una luz blanca tapó toda mi visión antes de desmayarme.

Desperté solo en un piso frío y húmedo, mis ropas estaban casi secas y me encontraba al resguardo del viento en una especie de cueva. Cuando me incorporé del suelo observé que no era una cueva natural sino que estaba hecha por el hombre. La entrada a la cueva dominaba el paisaje y el ángulo recto que formaba la pared con el techo me indicaba que era una vieja mina abandonada, o algo por el estilo. Lo que me extrañó de la mina es que no encontré ningún resto de herramientas viejas, ni restos de vías o algo que me indicara la presencia del hombre.

Me encontraba en el interior de la mina pero no podía visualizar un camino para salir ya que en el

borde de la entrada a la cueva había un acantilado. Hacia el otro lado todo era oscuridad. Decidí salir de la cueva. Cuando llegué lo primero que observé fue el bosque que dejé atrás y a lo lejos el lago que se veía con más claridad ya que la cueva se encontraba por lo alto de las copas de los árboles. Inevitablemente comencé a preguntarme como llegué hasta allí. Sólo recordaba el ataque de pánico que tuve en el bosque pero luego nada, una luz y después todo en blanco. Recordaba las sombras y todo lo que pasó desde la montaña pero antes de eso no recordaba, mi cerebro me seguía jugando una mala pasada.

Afuera seguía lloviendo y no había señales de que fuera a parar en el día. Me encontraba hambriento pero seco que en ese momento me reconfortaba. Como no tenía nada que hacer hasta que termine de llover me quede instalado en la cueva ya que no pretendía mojarme, nuevamente me senté a meditar y ordenar mis ideas por primera vez desde que bajé del cerro.

Primero observé mi ropa y mi calzado constaba de un par de botas técnicas desgastadas por el tiempo y el uso, el pantalón era de tela resistente pero permeable y para nada abrigado, arriba tenía puesto una campera no muy gruesa de piel por dentro y tela semi impermeable por fuera, acompañado de un buzo y una camiseta manga larga sintéticas y de secado rápido las dos. Todo estaba sucio y en mal

estado. Si bien mis vestimentas eran adecuadas para una caminata larga por el bosque, no lo eran en absoluto para subir una montaña con grados bajo cero donde desperté la primera vez, me preguntaba cual sería la razón que me llevó tan alto en la montaña y por que estaba solo cuando entré en conciencia.

En ese momento en que estaba tratando de recordar algo volví a ver el destello parecido a una linterna que prendía y apagaba desde dentro de la cueva. Un escalofrío me recorrió la espalda y me paré inmediatamente tratando de ver hacia la oscuridad total de la caverna. Mi primera reacción fue gritar hacia la luz a ver si alguien respondía pero no tuve ningún éxito, repetí esto varias veces antes de decidirme a acercarme lentamente, preparado para escaparme de allí en cualquier momento si llegaba a correr peligro. Me fui acercando y gritando a la vez hasta que quedé en silencio para tratar de escuchar si había algo dentro. No veía nada y me introducía en el interior de la cueva con mi mano tanteando la pared para tener una referencia y mantener el equilibrio. En eso sentí un fuerte ruido detrás mío y solo atiné a correr hacia la oscuridad interna como reacción instantánea, con la desgracia que se me acabó el suelo repentinamente y caí unos metros en un pozo con agua.

Otra vez me encontraba mojado nadando en medio de una oscuridad total, busqué desesperadamente

un punto de apoyo pero no había fondo. Me encontraba en una especie de río interno ya que sentía que una leve corriente me trasladaba hacia algún lugar. Trate de mantenerme a flote como pude ya que la ropa mojada me pesaba y me dejé llevar, estuve un par de minutos en el agua hasta que pasó de un frío total a estar tibia y agradable. En ese momento lo primero que pensé fue que mi cuerpo se estaba entumeciendo o algo por el estilo, pero no, el agua realmente estaba caliente ya que se sentía el vapor en el aire. Poco a poco comencé a distinguir las paredes y las estalactitas que bajaban amenazantes desde el techo, el agua empezó a iluminarse lentamente hasta que llegué a una especie de bóveda gigante toda iluminada por alguna luz extraña. Logré salir del agua ya que había una gran plataforma rocosa al costado del río caliente que terminaba en ese lugar. La luz provenía del agua e iluminaba todo. La belleza de esa cueva hizo que todos mis miedos cesaran momentáneamente y me quedé contemplando su belleza mientras secaba mis ropas, tratando de no pensar en que me encontraba atrapado sin salida aparente.

Al recostarme en una planicie rocosa al costado del río termal subterráneo logré relajarme completamente mientras observaba como se formaban líneas y formas en la cúpula de la cueva producto de la luz que provenía de abajo del agua.

Era evidente que el río continuaba por debajo de la tierra y salía hacia la luz del otro lado. No había otra explicación lógica para ese maravilloso espectáculo visual. El problema que se me planteaba era mi fobia al agua. Si bien ya estaba pasado de lluvia, río y nieve en la montaña mi miedo más grande era hundir mi cabeza en el agua. Me producía una especie de encierro estar bajo el agua y una sensación de ahogo instantáneo.

En ese momento me di cuenta que estaba comenzando a recordar mi problema con el agua y vinieron a mi mente imágenes de compañeros de natación de infancia burlándose porque no podía practicar ni superar mi problema. Seguido a eso vino a mi mente la imagen de la mujer de cabellos rubios, pero esta vez se estaba ahogando, una especie de calambre en la pierna impedía que la mujer nade, allí recordé que la mujer era mi esposa.

Estábamos vacacionando de nuestra atareada agenda laboral en una cabaña solitaria que habíamos comprado a la orilla de un lago privado, similar al que observé desde lo alto de la cueva. La tarde era soleada y el calor dominaba el lugar. Llevábamos tres años de casados y en todo ese tiempo ella insistió en que tratara mi problema con el agua. Me producían miedo las piscinas y no podía subirme a barcos ni a cualquier transporte que pasara por mar o lagos. El miedo a caer y ahogarme hacía que me

paralizara y el pánico me impedía pensar. Mi problema era grave. Así y todo consciente de ello me resistía a asistir a esos curanderos psicólogos que lo único que hacían era hurgar en mi niñez y culpar a la separación de mis padres o a la muerte de mi perro en la piscina del jardín o a miles de cosas excepto a mí mismo. El único culpable del miedo al agua era yo.

Ahora todos esos recuerdos venían a mi mente como una parodia cómica de mi historia. Estaba recostado en un río subterráneo después de haber nadado durante treinta minutos en un túnel totalmente carente de toda luz sin saber a dónde me llevaba ni que había en el fondo, había pasado por un cable totalmente oxidado casi sin fuerzas por arriba de un río caudaloso con el peligro de caer y ahogarme, sumado todo esto a varias horas de lluvia en un temporal infernal. Para rematarlo la única salida de ese lugar era nadando por debajo del agua para salir hacia la luz que venía del otro lado de la cueva.

Todo esto ya no importaba, ya no tenía miedo al agua, mi tiempo de ser valiente había pasado, sólo cuando mi vida estuvo en juego logré superar mis miedos. Si tan solo hubiera reaccionado antes no la habría perdido. Mis miedos eran producto de una soledad interna que llenaba con caprichos y fobias. Todo causa de no dejar entrar en mi mundo a mis seres queridos para que me tendieran una mano.

Ahora me encontraba realmente solo y mi temor se había retirado para llenarlo con tristeza y melancolía. Sufría hambre y sed pero ya no era importante. Tenía que salir de ese lugar y llegar al lago.

Sin pensarlo más me zambullí en las aguas termales para escapar de esa hermosa prisión. Nadé hacia la luz sin ningún tipo de preocupación por ahogarme, me sentía bien y con energías, no iba a morir bajo ninguna circunstancia.

Mientras nadaba observé unos buzos a los costados del río subterráneo, preparados para auxiliarme. Mi sorpresa fue gigante. Se me acercaron a traerme oxígeno pero lo rechacé y continué ascendiendo hacia la superficie. Bajo el agua observaba varias personas del otro lado de la luz. Al salir de la cueva una multitud de seres queridos me aplaudían y tendían una mano para que pueda salir del agua. Ellos habían planeado todo. Las lágrimas caían por mi rostro mientras observaba a mi familia que me ayudaba a salir. Estiré mi mano y mi mujer, aquella rubia de mis recuerdos me ayudaba a incorporarme y a terminar mi sufrimiento, estaba listo para abandonar esa osadía de supervivencia y renacer. Todo era luz.

08. La montaña

Habrán escuchado alguna vez sobre la sabiduría de la montaña, bueno yo no sólo la he escuchado sino que afortunadamente he estado en contacto con ella. La montaña está antes que nosotros desde los comienzos y tiene mucho que enseñarnos. Cuando la vivimos en conciencia de ello es cuando la nos empieza a hablar, con voz sabia de antaño nos susurra las frases que necesitamos escuchar.

De la misma manera que cuando nos planteamos cumbres y se nos presentan los conflictos postcumbre, en la vida también como en la montaña se nos plantearan objetivos y nos encontraremos desorientados cuando carezcamos de ellos.

Como hemos marcado la importancia de balancear la mochila para llevar lo que necesitamos en la vida cotidiana tenemos que elegir cuidadosamente que colocar en nuestra espalda ya que sin un porteador que nos la lleve, el peso de la mochila puede hacer que nuestro espíritu se doblegue.

En la montaña es muy importante el compañero que elijamos ya que influirá en la todas las probabilidades que tendremos de hacer cumbre, entonces en el camino de la vida, elije con cuidado quien acompañará tu expedición de cien años a la cumbre.

Nunca pierdas de vista el camino a la cima, como tampoco dejes de disfrutar en su trayecto. Es probable que en la vida nunca hagas cumbre. Si no has disfrutado del camino y si no has hecho cumbre, entonces ¿qué has hecho?

No todo se puede prevenir, si el temporal golpea tu puerta busca un refugio, si no lo tienes espera que pronto llegará a su fin.

En esta guía vivencial he pretendido colocar algunos puntos que nos lleven a vivir la montaña como una guía espiritual, que nos enseñe en la montaña las analogías con la vida. Cualquier cosa que nos haga mejores personas para con nuestros pares es útil, la montaña es ese algo.

El Guía y El Baqueano

Cristian y Juan se criaron en la misma ciudad como inseparables amigos de infancia y adolescencia. El poblado donde nacieron se encontraba favorecido por majestuosas montañas que dominaban el extenso valle cordillerano andino. Desde chicos aprendieron a valorar las riquezas del entorno como también el regalo de vida que desprendían a través de sus ríos, lagos y paisajes repletos de nieves y glaciares inmaculados que invitaban a conquistar las alturas. Cristian por un lado inexperto para los deportes grupales encontró en la montaña el don de superación y crecimiento personal que ninguna actividad pudo satisfacer. Juan por el otro siempre fue bueno en todos los deportes y pruebas tanto físicas como mentales que le ponía la vida adelante, de esta manera encontró en la montaña objetivos que le brindaban un abanico nuevo de posibilidades que lo sacaban del aburrido contexto de la vida cotidiana donde todo le resultaba fácil representando en toda ocasión retos y cumbres cada vez más exigidas.

Así fue que comenzando la madurez de sus vidas hallaron en la montaña una amistad compartida que les permitió unirse como compañeros de cordada, en más de una expedición, en el comienzo de sus carreras como montañistas.

Con el tiempo, y como ocurre en todo plano y amistad, estos amigos tomaron caminos separados. Juan se dedicó a especializarse en la materia tanto física como académicamente en el montañismo como guía profesional. Esto lo llevó a convertirse en el número uno de la ciudad como guía de montaña. Cristian no se quedó atrás en lo que a montañas se refiere y conoció todo tipo de cumbres, paisajes, lugares y personas en el camino.

Un día de enero en la cordillera de los Andes donde se encuentra el tercer pico más alto estaba Juan con un grupo de alumnos. Él jugaba el papel de guía principal y educador de los mismos. Juan era exigente en su enseñanza y trataba a sus alumnos con rigor, su filosofía consistía cien por ciento en entrenamiento y conocimiento pleno del terreno para llegar a la cumbre. De esta manera todos los alumnos de Juan se encontraban en pleno estado físico y en su fase final de estudio para convertirse en guías después de hacer cumbre en esta montaña, la cual representaba un hito trascendente en el currículum de cualquier escalador importante del círculo de guías conocidos.

La expedición de Juan y el resto de los guías de montaña aprendices se encontraba acampando en la base del cerro, ya estaban aclimatados y listos para encarar al día siguiente la difícil ascensión. La misma se realizaba generalmente en dos etapas. La

menos complicada era la primera que llegaba a una falsa cumbre donde existía un refugio de piedra que permitía acampar y lograr el punto más alto, en una siguiente etapa ardua por su terreno accidentado y vertical y extenuante por el mal de altura, alcanzando así el objetivo de estos estudiantes y convirtiéndose en guías oficiales de montaña.

El día del ascenso el clima parecía benigno, la presión atmosférica era favorable con lo que emprendieron el rápido y exigente ascenso ni bien los rayos del sol descubrían los imponentes glaciares. Después de un controlado pero interminable ascenso, antes de caer la noche, llegaron al refugio donde para sorpresa de Juan, se encontraba su amigo Cristian, el cual no veía hacía más de cinco años.

Cristian se encontraba solo en el refugio y amablemente saludó a todos los alumnos guías y especialmente a Juan con alegría, Juan muy protocolar devolvió el saludo y presentó a cada alumno como guía de montaña capacitado en post de oficializar después de esta expedición destacando nuevamente la relevancia de esta montaña. Esto le trajo a Cristian recuerdos de la razón por la cual dejaron de ser compañeros de montaña.

Cuatro años atrás en el mismo refugio, estos amigos se encontraban charlando distendidos, colocando sus manos enguantadas por encima de la olla en el calentador, esperando para hidratarse con una buena y nutritiva sopa en el gélido refugio. La amistad convertía a ese escondite en un lugar cálido y ameno.

De la ascensión no se hablaba el día antes, ya que ambos habían sido compañeros en varias ocasiones y los códigos y conocimientos de montaña estaban bien alineados, era la primera vez que intentaban subir una montaña de esta magnitud y ya habían estudiado hasta el más mínimo detalle.

El día de cumbre no pintaba muy bien, si bien se veía despejado, los vientos de altura empezaban a notarse y las nubes comenzaban a amenazar desde los flancos. Para Juan este era el día de cumbre programado y el clima no representaba nada que antes le hubiera causado problemas mayores, motivando a Cristian, comenzaron el duro e inclinado ascenso.

Superando arduamente el primer tramo, se les presentó magnánima la cumbre, a lo lejos ante sus ojos. En ese momento y bajo un poder innóxico, de imponente distracción, Cristian pisó en falso y cayó con la rodilla en el filo de una roca. Del dolor del golpe no quedaron recuerdos pero de Juan continuando a la cumbre mientras él volvía con dificultad y abandono al campamento sí.

De nuevo en el frío refugio, donde nada de la calidez de aquellos días quedaba, Cristian escuchaba en silencio las equivocadas palabras de Juan mientras enseñaba a estos futuros guías sobre la importancia de subir este cerro para convertirse en verdaderos líderes de la montaña, sin saber que para ello más que cualquier logro, es necesario ser íntegro tanto en la montaña como en la vida misma.

10 – El fin

El escalador.

Es inexplicable el sentimiento de un escalador de paredes verticales por las mismas. La forma de ver una pared para un escalador difiere del normal de las personas. Para ponerlos en perspectiva un amante de las esculturas puede admirar un «David» con la misma intensidad que el escalador admira una pared de varios metros verticales, y con una complejidad similar, mirando aristas, espolones, techos, diedros y diferentes fisuras que surcan una obra de arte celestial. A lo lejos, mi compañero en ayunas realizaba el ritual. Iluminado por las primeras luces de la mañana parecía que la escultura cobraba vida. Parado a contraluz realizaba lo que algunos jurarían que eran pases de tai chi. Yo miraba ese espectáculo único desde lejos, sin molestar la concentración. Duraba unos largos minutos en los que el escalador se hacía parte de la roca, elevando y bajando brazos, haciendo giros, garras, regletas, pinzas con las manos a la nada, el arte marcial del escalador que durante esos minutos fusionaba su espíritu con la pared leyendo cada movimiento que realizaría en la ascensión, visualizando en una danza armoniosa los difíciles pasos técnicos de escalada en la pared.

Éramos montañistas escaladores en un viaje de exploración, compañeros de montaña de largo tiempo. Estábamos buscando esas esculturas que admirábamos, en un lugar que desde lejos prometía e invitaba a la aventura. Llegamos de noche al lugar y las luces de la luna nos regalaron las siluetas contorneadas de unas majestuosas torres de granito, esbeltas, eternas.

Era el paraíso prometido. Como si un sueño de encontrar el lugar perfecto para un escalador se hiciera realidad con las primeras luces de la mañana que hacían de varita mágica ante nuestros ojos. No éramos los primeros en descubrir el lugar, un sinfín de petroglifos asomaban por doquier indicando antaño un lugar sagrado.

El pastizal crecía por los escasos lugares donde encontraban tierra y las rocas de gran tamaño dominaban el paisaje. Un cristalino río de deshielo trazaba la división entre las grandes paredes verticales y las rocas monolíticas, gigantes subordinados que alguna vez formaron parte de esas murallas que se elevaban ante nosotros. Así nos quedamos largo tiempo mirando ante una imposibilidad de subirlas por falta de equipo.

Años de aprendizaje habían hecho de mí un escalador confiado y seguro a la hora de escalar, cuerdas, mosquetones, cintas, y todo tipo de fisureros decoraban mi habitación y formaban parte de mi

mochila siempre preparada para el fin de semana. Esa larga salida de exploración fue realizada con pocos días de anticipación. Sin saber con qué nos íbamos a encontrar decidimos cargar mochilas livianas con víveres sólo para caminar y explorar. Del pesado equipo de montaña nos acompañaban sólo las zapatillas de goma ajustadas por si encontrábamos alguna roca no muy alta donde aplacar nuestro espíritu deportivo.

Al salir de la carpa mientras me maravillaba repetidamente con el entorno entendí lo compenetrado de mi compañero con el ritual. No leía la futura ruta de ascensión con sus movimientos sino que la estaba haciendo realidad a corto plazo. En ese momento comprendí al mirar la pared iluminada que no había vuelta atrás, me encontraba de repente hipnotizado por las luces, leyendo también cual sería mi ruta de ascenso.

Años de entrenamiento y preparación mental convergían en este punto, tendría que enfrentar al coloso, sólo el espíritu y la cofinancia plena de vencer serían mis armas en esta lucha. El viaje de exploración había dado un giro convirtiéndose en un viaje espiritual de ascensión. Una fuerza inexplicable nos empujaba a subir la pared abandonando los miedos y tabúes. El objetivo quedó marcado.

Me encontré solo subiendo por una larga chimenea que ascendía a las alturas del Olimpo. Mi compañero

de montaña había atacado por otro flanco la pared de modo que no nos cruzábamos ni existían posibilidades de tirar piedras que pudieran impactar sobre el escalador que está abajo.

La concentración plena hacía de la pared y su textura un deleite de colores, el naranja del granito cobraba un tono iluminado por sus componentes de mica y cuarzo que me hacían olvidar los cincuenta metros que separaban mi posición de la base de la pared en caída vertical por la chimenea.

Una dificultad se presentó en mi ascensión entrando en una larga pausa de segundos decisivos. La chimenea por donde subía, contraponiendo mi espalda con las piernas, se tornaba cada vez mas angosta, hasta finalmente desaparecer unos metros más arriba. Continúe subiendo por la misma hasta que la chimenea se convirtió en una gran fisura donde entraba todo mi cuerpo acuñado dentro de la misma. Me encontraba atrapado dentro de la fisura sin una visión del entorno. Lo que recuerdo de esta situación es que no sentí en ningún momento miedo ni desesperación. Cuando el compromiso llega al punto de no retorno es que surge la tranquilidad de estar enfocado y libre de todo pensamiento externo diferente al presente. No existían problemas del pasado ni proyectos futuros, en ese momento estaba viviendo un presente total.

Con todo mi cuerpo encastrado dentro de la fisura

es que estiré mi brazo a lo alto donde se angostaba al punto en donde mi puño cerrado hacía de traba y anclaje, lo suficientemente fuerte como para aguantar todo mi peso, balanceando mi cuerpo colgante al vacío, logré salir de la grieta, con movimientos controlados y sin dejar nada al azar me encontré liberado y logré alcanzar unos grandes orificios en la pared externa. Desde allí se prolongaban los huecos sin grandes dificultades hacia una arista monolítica de veinte metros que me llevaría a la cumbre, vencería al coloso.

Al llegar a la cumbre me encontré con un anfiteatro vertical de doscientos metros de altura, una repisa de granito liso, digna de altar de dioses. En ese momento inexplicable con palabras los sentidos se me agudizaron, la mente hacía uso de otro tipo de pensamientos, la contemplación abarcó el todo y mi ser quedó en segundo plano, estaba saciado de algo que no tenía forma ni descripción, sabiduría, renacer, verdad, iluminación, felicidad, todos sentimientos encontrados y entremezclados en un solo instante de magia, en un momento eterno.

FIN.

Este libro se terminó de imprimir
en mayo de 2012 en Córdoba -Argentina

